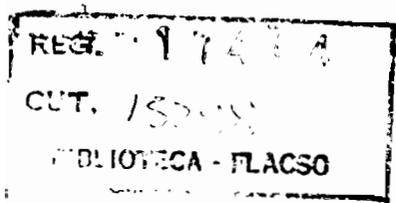


# **Cultura política y democratización**

Biblioteca de Ciencias Sociales  
Directores: Mario R. dos Santos  
y Cristina Micieli.  
Programa de Publicaciones  
Asistente: Ariel Sher.



I.S.B.N.

Diseñador de portada: Pepa Foncea.

Corrector de pruebas: Leonel Roach.

Inscripción N° 67.603

Impresor: Salesianos.

Bulnes 19. Santiago de Chile.

Primera Edición: agosto de 1987.

Copyright de todas las ediciones en español por

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Av. Callao 875, 3er. piso, 1023 Buenos Aires, Argentina.

Composición: Compólaser,

Av. Providencia 329, 3er. piso, Santiago de Chile.

## INDICE

	Página
Presentación	7
I	
Del radicalismo reivindicativo al pluralismo radical, <i>Ludolfo Paramio</i>	17
Rasgos básicos en la transformación de la cultura política española, <i>Rafael del Aguila</i>	25
Notas sobre el fenómeno ETA, <i>Javier Garayalde</i>	33
II	
La trama cultural de la política, <i>Oscar Landi</i>	39
Política y militancia: ¿hacia el fin de una cultura fragmentada?, <i>Vicente Palermo</i>	66
Consenso democrático en el Chile autoritario, <i>Angel Flisfisch</i>	99
La cultura política de la juventud popular del Perú, <i>Julio Cotler</i>	127

### III

La cultura política de las mujeres, <i>Judith Astelarra</i>	149
Una gramática postmoderna para pensar lo social, <i>Benjamín Ardití</i>	169
Movimientos sociales y gestación de cultura política. Pautas de interrogación, <i>Fernando Calderón y Mario R. dos Santos</i>	189

### IV

Gramsci y el sentido común, <i>José Nun</i>	199
El concepto de lo político según Carl Schmitt, <i>Franz Hinkelammert</i>	235
La democratización en el contexto de una cultura postmoderna, <i>Norbert Lechner</i>	253

## NOTAS SOBRE EL FENOMENO ETA

Javier Garayalde

Se puede hablar de cultura política de la inmensa mayoría de la población, se puede hablar de cultura política de los políticos profesionales, se puede hablar también de cultura política de los *grupos sociales activos*. Les llamo así para distinguirlos de las estrictas militancias políticas, a las que desde luego engloban, pero yendo más allá, hacia el mundo sindical, el asociacionismo, los movimientos ciudadanos. Se puede decir que en España en general estos grupos sociales han sido los iniciadores y los impulsores de ese cambio en la cultura política, del reconocimiento de la tolerancia en la política, incluso antes de que empezara la transición y por supuesto después. Sin embargo, en Euskadi esto ha funcionado al revés, sobre todo a partir de los primeros años de la década del setenta, porque antes realmente la actividad de los círculos políticos y sociales en Euskadi iba en una dirección bastante paralela a la que había en el conjunto de España. Ha funcionado al revés en el sentido de que muchas veces esos grupos sociales activos han quedado enquistados en niveles de intolerancia, o de exclusivismo, en mayor proporción que la gran mayoría de los ciudadanos.

He mencionado los primeros años del setenta porque es más o menos el momento de la gran eclosión pública del fenómeno ETA. Se ha hablado del discurso del antagonismo, del gran antagonista, que es el discurso perfecto para ser protagonizado por una organización como ETA, y que ha significado para muchos identificarse pasivamente con el héroe. Esto ha sido válido para gran parte de esos grupos sociales activos, incluyendo a las militancias políticas, en momentos de aquellos años.

Partidos como el Socialista Obrero Español (PSOE) o el Partido Comunista (PC) no han sido ajenos a esta situación, no han sido ajenos a la seducción de lo que entonces significaba ETA, aunque después se hayan tenido que despertar de esa ilusión en forma bastante brusca.

Creo que se puede vincular ese discurso antagonico, ese mito de la gran utopia (que en Euskadi no es sólo la gran utopia de la independencia, sino sobre todo la gran utopia de derribar al poder, al Estado), y el mito de esa utopia encarnada en el héroe, víctima y salvador al mismo tiempo, con una conciencia de tipo religioso, con una influencia de tipo religioso y especialmente con la arrogancia del discurso religioso. Y hay aquí otra característica diferencial: en España, en general, también en toda la izquierda, hay una fuerte influencia de lo religioso, de la Iglesia; primero, por la influencia de la educación y segundo, por la intervención de muchos miembros activos de dicha institución. Intervención que ha estado muchas veces mediatizada por cierta mala conciencia; es decir, los curas rojos o los cristianos rojos traían la mala conciencia de haber sido la Iglesia cómplice del poder, cómplice de la dominación, y por supuesto cómplice de la dictadura. En Euskadi, sin embargo, no existía tanto esa mala conciencia; allí los curas vascos y los cristianos vascos habían sido siempre vascos, habían estado siempre con el pueblo, y al menos en su mayoría, también durante la guerra civil. No les hacía falta la humildad que supone reconocer errores pasados. Estaban poseídos de una arrogancia como la que comienza a extender a nivel mundial este Papa, precisamente porque en Polonia la Iglesia había jugado un papel bastante similar. Todo esto ha dificultado hacer una política de tolerancia. La tolerancia es asumida muy lenta y tardíamente en Euskadi, demostrando el carácter especial nefasto de las utopías con proyección social. No me refiero a las utopías más o menos personales que puedan impulsarle a uno a actuar de determinada manera, sino a las organizaciones, los aparatos, creados en torno de la utopía, que necesitan mantenerse sobre la base de los viejos discursos antagonistas, sean el bien y el mal o el tirano y el que mata al tirano. En definitiva, se trata de reconocer que el discurso antagonico es esencialmente un discurso basado en la coerción. Este modelo ha estado y sigue estando fuertemente anclado en la cultura política de muchos vascos, y si está empezando a entrar en crisis es por la vía de la catástrofe.

Quisiera agregar una observación respecto a los grupos sociales activos y a su enquistamiento: es una tendencia común a gran parte de las sociedades occidentales, ya que el valor de dichos grupos como mediadores ha entrado en crisis. Los circuitos tradicionales, donde la relación del individuo con la política, es decir, con el poder, se manifiesta siempre a través de un mediador (no como delegado o representante con función administrativa, sino mediadores simbólicos, en tanto traductores de un lenguaje inasequible al común de la población) se están esfumando, se están estableciendo mediaciones mucho más directas. El mercado político se está deshaciendo de intermediarios, y los intermediarios se resienten. Entonces esta cuestión nos llevaría a una que ha planteado

con anterioridad Jordi Borja: ¿qué se hace con las militancias de los partidos?, y esta pregunta vale evidentemente para todo tipo de militancias en general.